

## LA MERIDA DE HOY. UNA VISION RETROSPECTIVA

Jorge Victoria Ojeda

Es un tanto difícil hablar de la ciudad que le vio a uno nacer, Mérida en mi caso. Sin duda alguna en esas ocasiones en toda persona nace el sentimiento de pertenencia al sitio; ese sentir provoca que saquemos a relucir lo mejor de nuestro léxico y nos volquemos en adulaciones y calificativos honrosos. Por mi parte no deseo repetir las mil y una frases poéticas que se han versado sobre esta muy noble y leal ciudad: la de Yucatán de las Indias.

Sin embargo, hablar de Mérida en esta ocasión que cumple 467 años de fundada obliga a hacer un atisbo a nuestro pasado, en consecuencia me atrevo entonces a invitarlos a cerrar los ojos, y volver al ayer remoto y hacer juntos un recorrido por algunas etapas de su historia, unas más conocidas que otras, pero que en el fondo forman parte de la esencia meridana en el sucesivo pasar del tiempo, sea cíclico mesoamericano o lineal occidental. Partamos pues de esa temporalidad aún poca conocida y recreada gracias a la pluma de fray Diego de Landa, quien en sus descripciones de la ciudad maya de Tho, de sus edificaciones y templos nos traslada a un pasado de gestación de la Mérida que hoy vivimos. La Mérida blanca, o mejor dicho la blanca Thó, aquella que por el color de su piedra fue comparada con los mármoles que dieron forma a la Mérida Augusta al otro lado de la mar océano Pero, ¿Qué tanto sabemos de ella? Los estudiosos, con teorías y datos prendidos por alfileres, se empeñan en demostrar su importancia, grandeza y urbanismo. Ese mismo asiento maya, que tal como alguien acuñó, bajó de los cerros para integrarse con sus piedras al esqueleto pétreo de la nueva ciudad que se gestaba, y los constructores

fueron los mismos y también los descendientes de aquellos que adoraban a Chaac tras la imagen de una cruz y de la incomprensida escena de un hombre crucificado.

Los mismos mayas, “puros” o mezclados que labraron las piedras para que la Mérida colonial naciera y creciera, aunque al caer la noche cada cual abandonara el sitio neurálgico de la nueva población y marchara al de su residencia, a aquel que la jerarquización socio racial de ese entonces les marcara. He ahí todavía los barrios de San Cristóbal, San Sebastián, San Juan, Santa Lucía y Santiago, agregando el desaparecido Santa Catarina, cuan satélites que giraban alrededor de un mundo peninsular en los siglos de coloniaje hispano.

En su vaivén por la vida, a Mérida le ha tocado vivir diversas etapas, Si bien podemos hablar del mundo de finales del siglo XVI, el asiento maya fue botín de los europeos deseosos de colonizar esta tierra, si hablamos de tiempos virreinales, las coronas europeas dirigieron naves para tratar de sentar sus reales en la península. Lamentablemente no es saber de muchos que los pobladores encomenderos de Mérida desearon amurallarla, a similitud de la de San Francisco de Campeche para dejar de ser apetecible para los piratas. Pero si de burlar a éstos se trataba, no hay que olvidar que a fines del siglo XVII se informaba sobre la construcción de subterráneos en las mismas entrañas de Mérida para la protección de la población en caso de un ataque de esos mal llamados “mosquitos del mar”. Pero la cosa no paró ahí, pues la Mérida colonial, codiciada por su posición geográfica, contó con más de una decena de trincheras para proteger los caminos que de la costa norte iban a ella.

Tópico de importancia para la vida de cualquier ciudad colonial lo fue el de su defensa, por ende Mérida no faltó en cumplir con ese rubro. Las investigaciones al respecto señalan la existencia de tropas permanentes, milicias, y demás grupos, sin embargo, al igual que en la mayoría del virreinato de la Nueva España los hombres de tropa tenían poca instrucción militar y las armas, aunque se decían en cuantía, estaban en mal estado. La defensa territorial y física, en consecuencia, se dejó más bien a la fuerza de la fe religiosa.

En los siglos de coloniaje español en la región y aun hasta la fecha, se sigue señalando la bipolaridad de la sociedad entre españoles e indígenas, añadidas por consecuencia las diversas castas que de sus uniones resultaron. Sin embargo, de Mérida, desde el primer momento, blancos, cobrizos y negros, dieron fe de su nacimiento. En su primer palpitar como nueva ciudad americana lo que hoy día se denomina globalización, estaba presente: Europa, América y África lo atestiguaron.

Con la llegada de los tiempos independientes el rostro meridano cambió poco, de acorde al tamaño de la ciudad tal vez las huellas más notorias se dieron en la segunda mitad de la centuria decimonónica al desaparecer como tal el hito arquitectónico, social y económico del convento de monjas y que el enorme lote que comprendía fuese dividido. De igual manera lo fue, sin duda, la desaparición del convento de San Francisco y el comienzo de construcción de locales comerciales y del mercado en el campo de la antigua ciudadela de San Benito, ya iniciada la destrucción por entonces del complejo pirámide maya, fortaleza militar y religiosa, única en América. Estos asuntos no dejan de llamar la atención ya que poco antes de finalizar la primera mitad del siglo, la

llama de un regionalismo prendió con fuerza en manos de destacados intelectuales peninsulares, como Justo Sierra O'Reilly, y apareció el periódico *Museo Yucateco* y después *El Registro Yucateco* como una prensa que buscaba la construcción de una identidad peninsular por medio de la definición, conocimiento y divulgación de sus virtudes y de sus características históricas, culturales y geográficas.

Los viajeros extranjeros que arribaron a Yucatán durante el siglo XIX no cesaron de escribir loas a la belleza, hospitalidad y tranquilidad de su capital, a la par de dar a conocer al mundo las riquezas arqueológicas del estado, personas como John Stephens, Desire. Charnay, o Teoberto Maler, también dieron la pauta para que esta Mérida de las Indias fuese conocida más allá de los confines nacionales o americanos.

Nuevos tiempos llegaron con la bonanza económica del henequén. Los cambios de la honrosa dama meridana prosiguieron de acorde a los tiempos y a las modas. Si bien el marketing turístico oferta a Mérida como ciudad colonial, lo cierto es que la mayoría de las construcciones de esa época permanecen soterradas bajo un maquillaje de europeísmo decimonónico y de inicios del siglo XX. Nuestra ciudad, coqueta cual fémina, se puso al día y olvidó los muros lisos o zaguanes para empolvase con rosetas e imágenes de mitologías clásicas de ultramar. Digno de mencionarse es su apéndice que fue el Paseo de Montejo, cúmulo de poder económico y belleza arquitectónica. Presumió también algunas estructuras religiosas más de acorde a los neos clásico y gótico, y modificó el interior de algunos templos coloniales. Estrenó, cuan niña, zapatos nuevos, las polvorientas calles se adoquinaron y la aun tenue luz de las farolas dejó entrever su rostro nocturno.

Y por si quedase duda del despertar de la ciudad, hasta el propio presidente de la república, Porfirio Díaz, bajó de la templada meseta del Anahuac hasta el caluroso Mayab para ser testigo de una ciudad que, en parte, era hermosa, culta y refinada, pero sobre todo para el propio Díaz por entonces un tanto lejos de su poder absoluto. El otro sector urbano de Mérida no aparecía, estaba diluida su fuerza en el sostén de esa boyante economía que hacia posible el relumbrón.

Después, con los años llegó el movimiento revolucionario, el cual si no fue ocasión de conflictos bélicos como en otras partes del México profundo, podemos decir, muy a colofón, que sus gobiernos y los de sus descendientes ideológicos marcaron una tendencia arquitectónica en el rostro urbano meridano que resucitaba al mundo autóctono: el estilo neo maya. Ejemplos interesantes son la llamada Casa del Pueblo, el ex Hospital Rendón, los edificios del Diario de Yucatán, del extinto Sureste, el Parque de las Américas, e incluso el Monumento a la Patria. Como apuntamiento cabe recordar que el general Salvador Alvarado representa la llegada de la revolución a Yucatán en 1915, e irónicamente, en ese monumento pétreo dedicado a la historia patria y regional, Alvarado no aparece.

Para el siglo XX ya existían pequeños sectores como San Cosme e Itzimná que de lugares de campo se convirtieron de barrios o colonias. Pero en la década de los ochenta la ciudad se desbocó y cruzó los límites del periférico. El pueblo se volvió un gigante

Asimismo, la sociedad meridana, desde el siglo XIX se volvió más pluriétnica y cultural gracias a la llegada de libaneses, alemanes, chinos, coreanos, y más cercanos en el tiempo pobladores de otras partes de México.

En consecuencia, la sociedad de hoy es una mezcla de identidades, culturas, creencias religiosas, e ideologías, sin faltar sus diferentes niveles educativos.

De toda esa historia no quiero dejar pasar la oportunidad de señalar la existencia de una Mérida dentro de otra Mérida: una ciudad de los muertos dentro de la de los vivos. Me refiero al Cementerio General. Fundado en 1821 este camposanto ha recibido de manera jerarquizada a generaciones de pobres y ricos de la ciudad, además de que es reflejo a la vez de los vaivenes económicos, políticos y artísticos de la misma.

Ahora bien, volvamos a la realidad, abramos los ojos y de la mirada retrospectiva que ofrecimos a grandes pinceladas reflexionemos cómo es nuestra ciudad en el 2009. Se dice que no es cortés hablar de los defectos de la quinceañera en su fiesta, pero la autocrítica es una buena forma de conocer nuestros errores y el primer peldaño del éxito.

Así, nos preguntamos; ¿qué ha pasado con la Mérida colonial, decimonónica y del siglo XX? ¿Qué ha pasado con mucho de ese legado que por ley es Patrimonio Cultural? Ahí están los arcos de entrada a la ciudad, abandonados e infravalorados. De la Ciudadela ni qué decir, Cuántas bellas edificaciones que conformaron el rostro de Mérida han caído por intereses económicos, corrupción, falta de interés institucional, y tristemente no me refiero al pasado, sino incluso al año que marchó, cuando se destruyó casi toda una cuadra del Centro Histórico, con incluso algunos edificios protegidos, todo facilitado, según vox populi, por el golpe de un buen monto de dólares.

Si hablamos del desorden en el caos urbanístico que tiene la Mérida de hoy día, el asunto se vuelve sin duda complicado. ¡Mérida se desborda de sus límites de escala humana y nadie intenta pararla!

Si del transporte urbano se trata, otros dirán que es de los mejores de México, tal como se publicó recientemente. Sin embargo no puedo imaginarme otra cosa que la canoa de Caronte después de abordar un autobús o colectivo urbano. Es de verdad denigrante la existencia de un monopolio de tal magnitud que juega con la seguridad física de quienes, después de pagar un boleto no económico, tengan que encomendarse a sus deidades para llegar con bien a su destino.

Pero como si esta fuese la tierra de nadie, a la fecha he de confesar que no sé si las empresas de basura concesionadas por el Ayuntamiento tienen como tarea recoger los residuos o regarlos por su recorrido. Dejando a un lado las céntricas manzanas, el resto de la ciudad es un basurero.

En esta ciudad no se respetan las leyes de anuncios, de tránsito, de contaminación visual, ambiental o sonoro, etcétera. Cada quien con el auto más grande trata de abrirse camino como si fuese -recordando la frase de mis años de niño- “la mama de Tahua”. La juventud del sector norte desconoce el centro de la ciudad porque, según ella, es de “nacos” y tontamente se resguarda en los enajenantes fashion luxury molls. A la vida cultural acuden pocos meridianos y casi siempre los mismo, siendo los foráneos quienes más disfrutan de esa oferta. Los museos están vacíos de nuestra gente y de escolares, pero eso sí, al llegar la feria de Xmatkuil, hasta la más pobre de las escuelas hace su coperacha para la renta de un autobús para que los lleve a la fiesta.

Y ahora resulta que se tiene la idea de postular a Mérida como candidata a ser considerada Patrimonio Cultural de la Humanidad. Por favor, a Mérida se le ha destrozado con impunidad desde hace años y las autoridades municipales siguen tan sordas como incompetentes.

Son ya 467 años de vida, de alegrías y tristezas, de cantos y de llantos, pero aun sigues ahí Mérida. En espera que tus habitantes y autoridades tomen conciencia de tus problemas de edad y crecimiento, que te dejen de ver como botín político y forma expedita de llenarse los bolsillos. Que seas de nuevo la Mérida blanca a la que cantan los trovadores, aquella tranquila, limpia y transitable, aquella a la que todo el mundo quisiera venir cuando éste se acabe. No estoy pidiendo cosas lejanas, extrañas o imposibles, simplemente que nuestros impuestos se ejerzan con seriedad y honradez, que la juventud y la sociedad en general no olvide el para si para todos y el tratar a los demás como quiera ser tratada.

Mérida, por ahora sólo me queda desearte felicidades por tu aniversario, ojala algún día no muy lejano pueda decirte con orgullo y halago a tu coquetería: que por tu bello rostro no pasan los años.